

Vida y Poesía de Pavese

La obra literaria del piamontés Cesare Pavese, ha ido cobrando en estos últimos años, un renombre y una consistencia tal, que, pese a no ser muy numerosas sus obras publicadas, han colocado el nombre de su autor entre los mejores escritores surgidos en Europa después de la segunda guerra mundial.

Cesare Pavese nació el 9 de septiembre de 1908, en San Stéfano Belbo, un pequeño pueblo del Piamonte. Pasó gran parte de su vida en Turín: como escolar, primero, luego en el "Liceo D'Azeglio" y en la Universidad, en la que se doctoró en letras, con una tesis sobre Walt Whitman. Al terminar sus estudios, y muerta su madre poco después, Pavese trabajó como traductor de literatura anglosajona. Su primera traducción fue "Nuestro señor Wren", obra de Sinclair Lewis. Redacta ensayos sobre escritores norteamericanos: Theodore Dreiser, Sinclair Lewis, Sherwood Anderson, Mark Twain, O'Henry, Herman Melville, William Faulkner, autores, además, de los que tradujo y dio a conocer en Italia varias obras publicadas por los editores Frassinelli, Bemporad, Mondadori y Einaudi. Se ganaba la vida alternando su trabajo de traductor con el de dar clases en una escuela y lecciones particulares. Su profesor en el "Liceo D'Azeglio", el escritor Augusto Monti, tuvo gran influencia en las ideas literarias y políticas de Pavese. En 1933 colabora en la revista "La Cultura", y trabaja para el editor Einaudi, revista y editor conocidos como antifascistas y vigilados por la policía. El 13 de Mayo de 1935 es detenido Pavese, juntamente con un grupo de intelectuales turineses, entre los que se encuentran Augusto Monti, Norberto Bobbio y Giulio Einaudi. Antes de ser procesado, pasó unos meses en la cárcel. Durante el juicio, y para no delatar a una mujer con la que tenía relaciones ("la dona della voce rauca"); se encerró en un mutismo que le valió la condena de tres años de confinamiento en el pueblo calabrés de Brancaleone, condena que luego le fue reducida a un año. En 1936 aparece su primer libro "Lavorare stanca" (Trabajar cansa), editado por Solaria, en Florencia, y que se reeditaría, aumentado, por Einaudi, en 1943. De regreso a Turín desde su destierro, se entera de que la mujer a la que él ama, "la donna della voce rauca", se ha casado con otro hombre, pocos días antes. Pavese se vuelve taciturno y solitario, y no frecuenta ya ni a su familia. Vuelve a sus lecciones y a su trabajo en la casa Einaudi. Su libro de poemas "Lavorare Stanca" no fue tomado en consideración por la crítica y la prensa dirigida de la Italia fascista de aquellos tiempos. Entonces, y mientras escribía el diario "Il mestiere di vivere", que no se había de publicar hasta después de su muerte, Pavese empieza a redactar relatos y novelas. En 1941 aparece su primera novela "Paesi Tuoi", publicada por Einaudi, que debía editar

Caracas, Domingo 3 de Febrero de 1963

Letras y Artes

Goy P/1275 Vendrá la Muerte Y Tendrá tus Ojos

*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
esta muerte que nos acompaña
desde el alba a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un absurdo defecto. Tus ojos,
serán una palabra inútil,
un grito callado, un silencio.
Así los ves, cada mañana,
cuando sola, te inclinas
ante el espejo. Oh, cara esperanza,
aquel día sabremos, también,
que eres la vida y eres la nada.*

*Para todos tiene la muerte una mirada.
Vendrá la muerte, y tendrá tus ojos.
Será como dejar un vicio,
como ver en el espejo
asomar un rostro muerto,
como escuchar un labio ya cerrado.
Mudos, descenderemos al abismo.*

CESARE PAVESE

suyo en la capital. Pavese, que se había librado anteriormente del servicio militar, por ser hijo de viuda, es llamado a filas en Marzo de 1943 y destinado a Rivoli, al 30º Regimiento de Infantería "Assietta". A causa de su asma, se libró de partir al frente; estuvo en observación en un hospital, y luego le fueron concedidos seis meses de convalecencia. Regresa a Roma, que en estas fechas está bajo las bombas de los aliados, a reanudar su antiguo trabajo. Cuando éste se hace imposible, vuelve a Turín. La ciudad está semi-destruida por los bombardeos, sus amigos se han escapado a las guerrillas en los montes. Pavese se refugia en un pequeño pueblo, Serralunga. En esta época tiene, seguramente debido a los horrores de la guerra que tan de cerca ha visto, una crisis religiosa, superada después de casi un año de lucha interior. Se refugia en el Santuario de Crea, asiste a los oficios, lee la Biblia y los Evangelios, medita, se tortura. Terminada la

guerra y resuelta la crisis religiosa, regresa otra vez a Turín, a su trabajo en la Casa Einaudi. El recuerdo de sus amigos, muertos en la resistencia, en las guerrillas de la ciudad y en los montes, le atormenta siempre. Sufre manía de soledad, y se le vuelve a ocurrir con frecuencia la idea del suicidio, idea que ya le había asaltado tiempo antes.

Durante los años siguientes, su actividad literaria se multiplica. "La Spiaggia", 1942; "Feria d'Agosto", 1946; "Il Compagno", 1947; "Dialoghi con Leucó", 1947; "Prima que il gallo canti", 1949 (que agrupa las narraciones "Il Carcere" y "La Casa in Collina"); "La Bella Estate", 1949 (que contiene tres novelas cortas: "La Bella Estate", "Il Diavolo sulle Colline" y "Tra Donne Sole"); y finalmente, "La Luna e i Falò", 1950.

Toma parte activa, también en estos años, en la política, afiliándose al partido de sus amigos. Alterna su estancia habitual en Turín con viajes a Milán, Roma y San

Stéfano Belbo. El éxito literario que obtienen sus obras no le compensa de su fracaso como hombre, de sus desengaños amorosos, de su melancolía. Los últimos días de su vida los pasa en su domicilio de Turín, en plena depresión física y moral, acompañado o más bien vigilado por su hermana. Apenas come.

El sábado, 26 de agosto de 1950, sale por última vez de su casa, para pasar, dice, unos días fuera, en el campo. Aquella tarde se despide de muchos de sus amigos, escribe a otros. En vez de dirigirse a la estación, alquila una habitación con teléfono en el "Albergo Roma", en la misma ciudad de Turín. Desde allí, hace, durante la noche, muchas llamadas telefónicas. Busca todavía un asidero. Ninguna de las mujeres a las que llama acepta ir con él. Es el final. La decisión está tomada.

Al día siguiente, un camarero del Albergo, al no obtener respuestas a sus llamadas en la puerta de la habitación que ocupa Pavese fuerza la entrada y encuentra el cadáver tendido en la cama, vestido y compuesto, pero descalzo. A su lado, en la mesilla, están los diecisésis tubos de somnífero que ingirió para quitarse la vida. Su mejor biógrafo, Davide Lajolo, cuenta que se halló también a su lado un ejemplar de sus "Dialoghi con Leucó", abierto en la primera página, en la que Pavese había escrito: "Perdonó a todos y a todos pido perdón. ¿Está bien? No hágais demasiados comentarios".

En la última página de su diario, y con fecha de 18 de agosto, había escrito: "Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más". Después de su muerte, la fama de Pavese como prosista y como poeta ha ido en aumento. Se han publicado, póstumamente, "Verra la Morte e avra i tuoi Occhi", su segundo libro de poesía, 1951 (volumen que contiene además de los poemas agrupados bajo este título, otro grupo de poemas titulado "La Terra e la Morte", escrito este último en 1945); un libro de ensayos "La Letteratura Americana e Altri Saggi", 1951; su Diario de 1935 a 1950, "Il Mestiere di Vivere", 1952; "Fuoco Grande" (en colaboración con Bianca Garufi), 1959; y "Racconti", 1960. Todas sus obras han sido editadas por Einaudi.

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



Cesare Pavese acompañado de una de sus amores más conocidos, la actriz norteamericana Constance Dowling.

LA RAMERA CAMPESINA

La gran pared de enfrente que da sombra al patio, tiene, a veces, reflejos de sol niño que recuerda el establo. Y la revuelta habitación vacía, por la mañana, cuando el cuerpo despierta, sabe el olor del primer inexperto perfume. Hasta el cuerpo enlazado a la sábana, es el mismo de los primeros años, cuando al descubrirlo brincaba el corazón.

Aquí se despierta sola, al reclamo avanzado del día, y recuerda, en la espesa penumbra, el abandono de otro despertar: el establo de la infancia, y el pesado cansancio del sol calentando las puertas tranquilas. Un perfume impregnaba, ligero, el sudor habitual del cabello, y las bestias husmeaban. El cuerpo gozaba, furtivo la caricia del sol, insinuante y pacata, como si fuera un roce. El abandono del lecho entontece los miembros, extendidos, robustos y jóvenes, todavía infantiles. La niña inexperta aspiraba el olor del tabaco y del heno, y temblaba al contacto fugitivo del hombre: le gustaba jugar. Algunas veces jugaba, tendida con el hombre, entre el heno, pero él no olía los cabellos: le buscaba, entre el heno, los miembros contraídos, los vencía, golpeándolos, cual si fuera su padre. El perfume eran flores pisadas en las piedras. Muchas veces retorna en el despertar lento aquel olor deshecho de flores lejanas, y de establo, y de sol. Mas no hay hombre que sepa la caricia sutil del amargo recuerdo. No hay hombre que adivine en el cuerpo extendido la infancia transcurrida en el ansia inexperta.

CESARE PAVESE

GoyP/1275
NO CONOCES
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats
LOS MONTES

No conoces los montes
donde corrió la sangre.
Todos huimos,
todos dejamos allí
el arma y el nombre.
Una mujer
nos miraba escapar.
Solo uno de los nuestros
se paró, cerró el puño,
miró al cielo vacío.
inclinó la cabeza y murió
bajo el muro, en silencio.
Ahora es sólo una mancha de sangre
y su nombre. Una mujer
nos espera en los montes.

(Traducción: J. A. GOYTISOLO)

SENCILLEZ

El solitario —que ha estado en la cárcel— regresa a la cárcel cada vez que muerde un pedazo de pan. En la cárcel soñaba con las liebres que huyen sobre el mantillo invernal. En la niebla de invierno, vive el hombre entre muros y calles bebiendo agua fría y comiendo un pedazo de pan.

Uno cree que luego renace la vida, que el aliento se calma, que regresa el invierno con el olor del vino en la tibia hostería, y el buen fuego, el establo, y las cenas. Uno cree, si está dentro, uno cree. Pero se sale una noche, y han cogido las liebres, y al calor se las comen los otros, alegres. Hay que mirarlos detrás de los cristales.

El solitario se atreve a entrar para beber un vaso cuando en verdad se hiela, y contempla su vino: el color de humo, el sabor pesado. Muerde el trozo de pan, que a liebre le sabía en la cárcel, pero ahora ya no sabe ni a pan ni a nada. Y hasta el vino no sabe más que a niebla.

El solitario recuerda aquellos campos, contento de saberlos ya arados. En el salón desierto, muy bajito, se intenta cantar. Ve, de nuevo, a lo largo del dique, el mechón de las zarzas desnudas que en agosto fue verde. Da un silbido a la perra. Y aparece la liebre, y ya no tienen frío.

(1935)

LA REPUBLICA
CARACAS 3-11-63